

---

JOAN OLEZA

*Cuerpo de transición*

Alicante, Aguaclara, 1992, 348 pp.

No siempre hablar de nostalgia tiene que arrastrar consigo las connotaciones negativas de la añoranza. Recordar y, al mismo tiempo, reconocer en lo vivido el germen del propio presente, puede ser tarea que ayude a recomponer, para uno mismo y para otros, el perfil de la historia día a día construida. Por eso, cuando, ahora, Joan Oleza decide traducir al castellano su novela *Tots els jocs de tots els jugadors* (1981), cuya acción narrativa se centraba en los años de la transición, esa historia, contrastada con el presente, adquiere vida propia, y acaba convirtiéndose en una novela distinta.

*Cuerpo de transición*, que así se llama, es, pues, nueva y conocida, un juego que se añade a los ya jugados por otros jugadores, y que aporta claves de interpretación que enriquecen el pasado bajo la mirada desnuda del presente. La acción narrativa se desarrolla en Valencia, entre 1977 y 1979, en torno a la misteriosa desaparición de un artista e intelectual cercano al Partido Comunista.

Toda suerte de cábalas tienen lugar cuando es encontrado acribillado en la playa el coche de Jaime Centelles, con una muchacha muerta en su interior, pero sin el cuerpo, el cadáver, de éste. Las investigaciones son llevadas a cabo con mucho tacto, por la importancia política de la víctima, que cuenta con un hermano entre los altos cargos de la Policía. Cualquier averiguación choca siempre con la complicada maraña que se entreteje entre las distintas fuerzas que luchan por una transición democrática, y por ello la solución del misterio nunca acaba de aflorar. Por ello, amigos del desaparecido comienzan una investigación privada, a la que se opone la Policía, pero también la pasividad de su mujer, de la que se acababa de separar.



De esa manera, la investigación no sólo da cuerpo a la novela, sino que es también la reconstrucción de los años de búsqueda de una generación que había creído en las posibilidades de cambio que la izquierda podía representar. Así, los acontecimientos históricos jalonan la novela de realidad: el asesinato de los abogados de Atocha, la legalización del Partido Comunista, las campañas festivas de incorporación a éste de nuevos miembros, la labor política de los intelectuales, y un largo etcétera punteado de negociaciones.

El personaje aglutina, a través de los retazos de su vida que entre todos reconstruyen, un modo de concebir la vida y de construir el futuro que hace crisis en 1978. Su cuerpo escamoteado concita en sí mismo todas las pugnas, todos los juegos que llevarán al silencio.

Pero esta historia no sobrepasaría el alcance de *Tots els jocs de tots els jugadors* si no contuviera una que podríamos llamar segunda dimensión, que Oleza realiza convirtiéndola en pasado que salta hasta el presente más riguroso. Un hijo del desaparecido Centelles, diputado del partido en el gobierno, Pablo, recibe una carta del personaje Joan Oleza, fechada en julio de 1992, quien le remite, junto a materiales referentes a la labor política de su padre, una carta en la que hace saludable balance de aquellos meses en que los proyectos pasaron, de ser una opción ilusionada de ruptura, a ser sólo una transición fraguada desde el puro nominalismo.

También otros personajes que, compañeros de la misma aventura de búsqueda, jugaron entonces la carta del riesgo, aparecen en este presente también jugando, pero a otra cosa. Y con reglas distintas, pero que, en el fondo, no suenan a nuevas, sino a lo universalmente conocido, que tiene ribetes de acomodación, de plegarse a lo "inevitable", de pragmatismo olvidadizo.

Con *Cuerpo de transición*, Joan Oleza realiza lo que su homónimo personaje llama un "saludable ejercicio de la nostalgia", volviendo sobre la experiencia de una generación que le es propia, y que, al igual que otros escritores coetáneos, escribe, reescribe, para sí y para los otros, lectores que han podido compartir, desde cualquier ángulo, los avatares de aquellos mismos años; pero, también, para aquéllos que se han incorporado más tarde a la historia.

El cuerpo de Centelles, ni vivo ni muerto y sí desaparecido en aquel 1978, es, creo, en esta novela, imagen de una transición también escamoteada, que ha dejado a sus personajes descentrados en medio de un juego que ya no reconocen como suyo.

Pero *Cuerpo de transición* no es sólo profundización que podríamos llamar temática de una novela anterior. Hay en su estructura una adecuación narrativa que, junto a una ironía muy medida, da cuenta de una madurez en la escritura, que dosifica tiempos, ajusta secuencias y profundiza en personajes. También el discurso refleja el poso que los años y el trabajo sobre textos literarios han dejado en su autor. La novela, sustentada por un fuerte hilo narrativo, deja sin embargo que el lector perciba



ecos de otras escrituras. Valle-Inclán, Gabriel Miró o Juan Goytisolo, por no citar más que algunos, están presentes en la palabra descriptiva, en la rememoración poética.

Saludable, en verdad, este ejercicio de la memoria, que reúne las dos opciones vitales de esta generación de escritores, la literatura como experiencia y como modo de expresión, y el compromiso con el entorno social y político. Lo que no es desdeñable en estos tiempos que corren, reacios a la coherencia del recuerdo, y desapegados de la palabra que se adhiere al alma. Un libro para jugar al juego de pensar.

MARÍA JOSÉ NAVARRO